

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 80.

Martes 20 de Marzo.

El Eco de Cartagena

LOS DOLORES DE LA VIRGEN MARIA.

En la noche del 15 del corriente, tuve el gusto de pir en la iglesia de Sta. Maria la sentida peroracion religiosa de mi queridísimo amigo particular, el notable orador sagrado, D. Natalio del Toro, sobre el primer dolor de la Virgen Madre. La elevada entonacion del orador, su voz fresca y sonora, su movible y animada fisonomía, su persuasivo accionar, su sentimiento exquisito, sus poéticas frases, sus bellos conceptos y su unción sencilla y pura, produjeron en todos sus oyentes un respetuoso recogimiento, las mas vivas simpatías.

Por lo que á mi toca, abstraído de todos los objetos exteriores, profundamente concentrado, pensaba en el soberano poder de la oratoria, cuyo instrumento, musical por excelencia, la palabra, ese don divino únicamente otorgado al hombre, no tan solo consigue haber vibrar las mas delicadas fibras del corazon materializando el ideal de la poesía y del sentimiento con sus matices y sus gradaciones, con su luz y con su sombra, y reproducir sugestivamente en fantástico panorama las múltiples fases de la pasión y de la vida, sino que tiene además el maravilloso poder de evocar en nuestra imaginacion vivísimas impresiones producidas anteriormente por otras manifestaciones del arte mucho menos grandes, el grabado y la pintura, las cuales, al contrario de la elocuencia como representan un instante de la pasión, un momento de la vida, petrifican de repente al ser trasladadas al lienzo ó al papel.

Pensando en los intensos dolores de Maria, recordaba que hace algunos años admiré unas hermosas láminas representativas de varias escenas del drama del Gólgota, y que

he contemplado repetidas veces con arrobamiento el lienzo sublime de Rafael, conocido por «El Pasma de Sicilia.» Uno de aquellos patéticos grabados figuraba un reducido y humilde aposento, en uno de cuyos ángulos está San Pedro en actitud triste y silenciosa; en otro, el dulce y joven San Juan, cabizbajo y pensativo; las santas mugeres sentadas en el suelo y con la cabeza caída sobre el pecho; mientras que la Madre y Virgen Maria se halla, mas bien medio tendida que sentada en una pobre silla, con la cabeza inclinada hácia atrás, con una mano sobre la rodilla, con la otra sobre la frente, como si quisiera sugetar sus sienes próximas á romperse, con los ojos peñados de lágrimas abrasadoras, con el pecho jadeante por desgarradores sollozos. La concentracion, la pena están retratadas en el compungido semblante de los dos apóstoles y de las santas mugeres, mientras que el desencajado rostro de Maria revela la ansiedad, las angustias de una madre cariñosísima, pero desdichada; así como un reproche al cielo que condena al suplicio, sin merecarlo, al Hijo único de sus virginales entrañas, aquel Hijo concebido en éstasis celestial por obra y gracia del Espíritu Santo, Hijo cuyo Padre era Dios.

Otro de los patéticos grabados figuraba el mismo reducido aposento en piso bajo, con una ventana abierta que da á la calle de la Amargura. Las santas mugeres no están ya allí: acompañan sin duda al acorrajado Jesus, caminando al suplicio con vacilantes pasos y la cruz acuestas. Por la abierta ventana se divisan las picas y las alabardas de los soldados romanos, que preceden el fúnebre acompañamiento del inocente condenado; y en la habitacion se ven á la bella y arrepentida Magdalena arrodillada, mirando al cielo, con las manos juntas y las mejillas surcadas de lágrimas; á un lado á Maria desmayada en los brazos de San Juan que la sostiene, y cerca á San Pedro que la contempla rendida por el dolor. Aquel profundo abatimiento, expresión inimitable de la

mas aguda pena, parece significar que la Madre desolada ha perdido la esperanza, supremo consuelo de los afligidos.

El magnífico lienzo de Rafael, llamado «El pasmo de Sicilia,» reproducido en papel por el buril de insignes grabadores, esparciéndose de este modo por el mundo entero, parece indicar, despues del grabado descrito en el párrafo precedente, una sobrehumana reaccion del amor maternal contra el dolor desesperanzado. Jesus está caído en tierra en la calle de la Amargura; un sayon alza la cruz de los hombros de la desfallecida victima, mientras otro tira de la cuerda que sujeta á Jesus por la cintura para obligarle á levantarse. Maria arrodillada á un lado; sostenida por S. Juan, por otro discípulo y una de las santas mugeres que la acompañan, estiendo sus amorosos brazos hácia su adorado Hijo escarnecido, como si quisiera atraerlo á su regazo maternal y salvarlo de la muerte. Las miradas angustiosas que se cruzan entre la Madre y el Hijo retratan, en la del Señor la triste resignacion de quien cumple una mision providencial é inevitable, aceptando el patibulo; en la de la Madre, la súplica al Hijo de sus entrañas de que no la abandone en trance tan amargo.

Jesus ha llegado al lugar del suplicio; está clavado en afrentosa cruz, próximo á expirar va á despedirse de su amado discípulo y de su inconsolable Madre, á quien dara el apoyo de otro hijo, el Apóstol Juan. La escena es patética, conmovedora; el buril y el pincel se apoderan de ella para materializarla y prestarle todos los encantos del arte; la pintura y el grabado la reproducen y la esparcen por el universo. Los artistas, unos representan á Jesus espirante clavado en el madero, á su derecha á su afligidísima Madre, enjugando con el cendal los raudales de lágrimas que brotan de sus ojos, que contemplan á su divino Hijo ajusticiado; á la izquierda del Señor ponen al apasionado San Juan mirando enternecido á su divino Maestro, que le recomienda á su

Madre, próxima á quedar en el abandono.

Otros artistas de génio no han tratado así tan tan interesantísimo cuadro: han creído, como creo yo, que la última despedida, que el último adios de un hijo, de un maestro tan amante y tan amado, á su Madre queridísima y á su predilecto discípulo; que el postrero y más agudo dolor tienen, así representados, demasiada simetría y frialdad para poder reproducir fielmente los matices, las delicadezas de los entrañables sentimientos, que agitarían á los conmovidos actores de tan desgarradora escena. Se han figurado que el joven apóstol debió acompañar y sostener á la que muy pronto iba á ser su madre adoptiva hasta el lugar del suplicio, y que apoyada en San Juan debió oír la despedida de su unigénito hijo y su última recomendacion. Por eso pintan á Maria en aquel lance postrero tan doloroso en los brazos del discípulo muy amado, desde entonces su hijo adoptivo, con la cabeza apoyada en su contristado pecho, y desahogando en él sus lágrimas, sus sollozos y suspiros. Así vé morir una madre á su único hijo, no en pié ni en posicion académica.

¡Sublimes artistas! exclamé interiormente, despues de evocar en mi imaginacion exaltada por los armoniosos acentos del sagrado orador estas mis antiguas impresiones sublimes artistas! mientras duren en el mundo cristiano estas obras maestras de vuestro génio, inspirado por una religion que glorifica en una virgen madre, en Maria, el amor y el sufrimiento; mientras haya corazones sensibles y entusiasmados que las admiren; en tanto que existan puras doncellas y madres apasionadas que la contemplan y las comprendan (y esas doncellas, esas madres existirán tanto tiempo como viva en la tierra la especie humana) la religion del crucificado, toda de amor y de sacrificio, resistirá victoriosamente las furiosas arremetidas de una filosofia escéptica ó materialista, que ensoberbecida con los prodigiosos adelantos de las ciencias experimentales se atreve á negar á Dios ó á precipi-